



EPÍSTOLA ENCÍCLICA

De S. Francisco de Asis y de la propagación
de la V. Orden Tercera Franciscana.

LEON p. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

POR una dichosa merced, el pueblo cristiano no ha podido celebrar en un breve intervalo el recuerdo de los dos hombres que, llamados á gozar en el cielo de las eternas recompensas de la santidad, dejaron sobre la tierra una gloriosa falange de discípulos, como retoños que sin cesar renacen de sus virtudes. Porque después de las fiestas seculares en memoria de Benito, el padre y legislador de los monjes en Occidente, va á ocurrir una ocasión de tributar honores públicos á Francisco de Asis por el séptimo centenario de su nacimiento.

No sin razón vemos Nos en esto un designio misericordioso de la Divina Providencia. Porque permitiendo celebrar el día del nacimiento de estos ilustres Padres, parece que Dios quiere advertir á los hombres que tienen que recordar sus insignes méritos y comprender al mismo tiempo que las Ordenes religiosas fundadas por ellos no debieron ser tan indignamente violadas, sobre todo en aquellas naciones en que por su trabajo, su genio y su celo han sembrado la civilización y la gloria.

Nos confiamos en que estas solemnidades no serán infructuosas para el pueblo cristiano, que, siempre y con justicia ha considerado como amigos á los religiosos, por lo que, así como ha honrado el nombre de Benito con amor y

gratitud, hará revivir por medio de fiestas públicas y testimonios de afecto la memoria de Francisco. Y esta noble emulación de piedad filial y devota no se limita á la comarca en que nació el santo hombre, ni á las que honró con su presencia, sino que se extiende á todas las partes de la tierra, á todos los lugares donde el nombre de Francisco ha llegado, y en que florecen sus instituciones.

Ciertamente que Nos, más que nadie, aprobamos este ahínco de las almas por tan excelente objeto, sobre todo estando acostumbrado desde la niñez á tener hacia Francisco admiración y devoción especiales. Y Nos gloriamos de haber sido inscrito en la familia franciscana y más de una vez hemos subido por piedad espontáneamente y con alegría, á las sagradas colinas del Alverno; en aquel lugar, la imagen de ese gran hombre se ofrecía á Nos por todas partes donde poníamos la planta, y aquella soledad llena de recuerdos tenía á nuestro espíritu embebecido en muda contemplación.

Mas por loable que sea este celo, no consiste en él todo. Porque es preciso pensar que serán agradables á Francisco esos honores que se preparan, si aprovechan á los mismos que los tributan.

El fruto real y duradero consiste en asemejarse en algún modo á su eminente virtud y en procurar ser mejor imitándole. Si con la ayuda de Dios se trabaja para ello con ardor, se habrá encontrado el remedio oportuno y eficaz para los males presentes. Nos queremos, pues, Venerables Hermanos, no sólo atestiguaros públicamente por medio de esta carta nuestra devoción á Francisco, sino también excitar vuestra caridad para que trabajéis con Nos en la salvación de los hombres por el remedio que Nos os indicamos.

El Salvador del género humano, Jesucristo, es la fuente eterna é inmutable de todos los bienes que para Nos proceden de la infinita bondad de Dios; de modo que Aquel que ha salvado una vez al mundo es también el que le salvará en todos los siglos; *porque no hay bajo el cielo otro nombre que haya sido dado á los hombres por el cual podamos salvarnos.* (Act., IV, 12). Si, pues, sucede que, por el vicio de la naturaleza ó la falta de los hombres, cae en el mal el género humano, y parece necesario para levantarle un especie socorro, es preciso absolutamente recurrir á Jesucristo y ver en El el mayor y más seguro medio de salvación. Porque su divina virtud es tanta y tan poderosa, que contiene

á la vez un abrigo contra los peligros y un remedio contra los males.

La curación es cierta si el género humano vuelve á profesar la sabiduría cristiana y las reglas de vida del Evangelio. Cuando ocurren males como estos de que Nos hablamos, ofrece Dios al mismo tiempo un socorro providencial, suscitando á un hombre, no escogido al azar entre los demás, sino eminente y único, á quien encarga de procurar el restablecimiento de salud pública. Y esto es lo que sucedió á fines del siglo XII, y algo más tarde. Francisco fué el obrero de esta gran obra.

Se conoce bastante esta época con su mezcla de vicios y virtudes. La fe católica estaba entonces más profundamente arraigada en las almas; ofrecía también un hermoso espectáculo aquella multitud inflamada de piadoso celo que iba á Palestina para vencer ó morir en ella. Pero el libertinaje había alterado mucho las costumbres de los pueblos, y era de todo punto necesario que los hombres volviesen á los sentimientos cristianos. Consiste la perfecta virtud cristiana en esa generosa disposición del alma que busca las cosas arduas y difíciles; tiene su símbolo en la Cruz, que cuantos desean servir á Jesucristo deben llevar sobre sí. Lo propio de dicha disposición es el apartarse de las cosas mortales, de dominarse completamente y de sufrir la adversidad con calma y resignación. En fin, el amor de Dios es dueño y soberano de todas las virtudes para con el prójimo; su poder es tal, que hace desaparecer cuantas dificultades son el cortejo del cumplimiento del deber, y no sólo hace tolerables, sino hasta agradables, los más duros trabajos.

Había mucha escasez de estas virtudes en el siglo XII, porque gran número de hombres eran entonces, por decirlo así esclavos de las cosas temporales, ó amaban con frenesí los honores y las riquezas ó vivían en el lujo y en los placeres. Otros tenían todo el poder, y hacían de su potestad un instrumento de opresión para la multitud miserable y despreciada; y aquellos mismos que hubieran debido, por su profesión, ser ejemplo á los hombres, no habían evitado las manchas de los vicios comunes. La extinción de la caridad en muchos lugares había tenido por consecuencia los pecados múltiples y cotidianos de la envidia, de los celos y el odio; los espíritus estaban tan divididos y tan enemistados, que por la menor causa las ciudades vecinas entraban en

guerras, y armaba el hierro á unos ciudadanos contra otros.

En este siglo apareció Francisco. Con admirable constancia y rectitud igual á su firmeza, se esforzó con sus palabras y con sus actos en colocar á vista de todos los ojos del mundo caduco la imagen auténtica de la perfección cristiana.

En efecto: de la misma manera que el bienaventurado P. Domingo de Guzmán, en esta época, defendía la integridad de las doctrinas celestiales y rechazaba, armado con la antorcha de la sabiduría cristiana, los errores perversos de los herejes, así Francisco, conducido á Dios por grandes acciones, obtenía la gracia de excitar á la virtud á los cristianos y de conducir á la imitación de Cristo á aquellos que habían andado muy errantes y por mucho tiempo.

No fué por casualidad por lo que llegaron á los oídos del adolescente estas palabras: «Despreciad el oro y la plata; no la lleveis en vuestras bolsas; no os inquieteis por la comida, ni bebida, ni calzados».

Y aun «si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, dalo á los pobres, y sígueme».

Interpretando estos avisos como dirigidos á él directamente, se despojó al instante de todo, cambió los vestidos, adoptó la pobreza como asociada y compañera por todo el resto de su vida, y adoptó la resolución de que estos grandes preceptos de virtudes que él había abrazado con noble y sublime espíritu, fueran las reglas fundamentales de su Orden. Después de este tiempo, en medio de la molicie tan grande del siglo y de la delicadeza exagerada que le rodeaba, se le vió avanzar en estas prácticas tan difíciles; buscó su alimento de puerta en puerta, y soportó, no solamente las burlas de un pueblo insensato, aquellas que son más injuriosas, sino que las busca con admirable avidez. Seguramente había abrazado la locura de la Cruz de Cristo, y la consideraba como sabiduría absoluta; habiendo penetrado ventajosamente en la inteligencia de estos misterios augustos, veía y juzgaba que no podía colocar su gloria en cosa mejor.

Con el amor á la Cruz, ardiente caridad abrazó el corazón de Francisco y le impulsó á propagar con celo el nombre cristiano hasta exponer su vida al peligro más próximo, Abrazaba á todos los hombres en esta caridad; pero buscaba especialmente los pobres y los pequeños, de suerte que

parecía colocarse entre aquellos de quienes los demás acostumbaban á retraerse ó á los que orgullosamente despreciaban. Por esto mereció bien de esa fraternidad por la cual Jesucristo, restaurándola y perfeccionándola, ha hecho de todo el género humano, una sola familia, colocada bajo la autoridad de Dios, Padre común de todos.

Gracias á tantas virtudes, y sobre todo por una rara austeridad de vida, este héroe purísimo se dedicó á reproducir en sí, en cuanto pudo, la imagen de Jesucristo. La señal de la Divina Providencia apareció bien cuando le fué concedido tener semejanzas con el Divino Redentor, aun en las cosas exteriores. Así, á ejemplo de Jesucristo fué dado á Francisco nacer en un establo y tener por lecho siendo niño, como en otro tiempo Jesús, la tierra cubierta de pajas.

Se refiere que en este momento coros celestiales de ángeles y cánticos oídos á través de los aires completaron la semejanza. Como Cristo hizo con sus Apóstoles, él se adjuntó por discípulos algunos hombres escogidos, á quienes mandó recorrer la tierra como mensajeros de la paz cristiana y de la salud eterna. Despojado de todo, injuriado, negado de los suyos, tuvo de común con Jesucristo, que no encontró ni un sitio propio donde reclinar su cabeza. Como último rasgo de semejanza, cuando estaba sobre el monte Alverno cual sobre su calvario, fué por decirlo así, crucificado por un prodigio nuevo hasta entonces, recibiendo en su cuerpo la impresión de las sagradas llagas.

Nos recordamos aquí un suceso no menos brillante en sí mismo por el milagro hecho célebre por la voz de los siglos. Un día que San Francisco se hallaba sumergido en ardiente contemplación de las llagas de Nuestro Señor, y que aspiraba, por decirlo así, en él sus dolorosos efectos y parecía beber como si tuviera sed, un ángel descendido del cielo, mostrósele de repente; luego brilló una virtud misteriosa, tanto que Francisco sintió sus manos y piés como horadados con clavos y su costado atravesado por aguda lanza. Desde entonces sintió en su alma inmenso ardor de caridad; sobre su cuerpo llevó hasta el fin de sus días la impresión viva de las llagas de Jesucristo.

Análogos prodigios, que deberían ser celebrados por un lenguaje angélico más bien que por el de los hombres, muestran cuán grande y digno fué el hombre elegido por Dios para llamar á sus contemporáneos á las costumbres cristianas.

Ciertamente en la casa de Damián era voz sobrehumana la oída por Francisco, diciéndole: «Marcha; sostén mi casa vacilantes. No es menos digno de admiración que esta aparición celestial se presentase á Inocencio III, pareciéndole ver á Francisco sostener con sus hombros los muros inclinados de la Basílica de Letrán. El objeto y el sentido de este prodigio son manifiestos; significaba que Francisco debía en este tiempo ser firme apoyo y columna para la república cristiana, y, con efecto, no tardó en practicarse.

Los doce primeros que se pusieron bajo su dirección fueron cual semilla pequeña, la cual, por la gracia de Dios y bajo los auspicios del Soberano Pontífice, pareció bien pronto cambiarse en fértil mies. Luego que estuvieron santamente formados en los ejemplos de Cristo, Francisco distribuyó entre ellos las diferentes comarcas de Italia y de Europa para que allí llevasen el Evangelio; encargó asimismo á algunos de los mismos ir hasta Africa. De repente, pobres ignorantes como eran, se confunden con el pueblo en las calles y en las plazas; sin aparatos de lugar ni pompa en el lenguaje, comienzan á exhortar á los hombres al desprecio de las cosas terrenales y al pensamiento en la vida futura. Maravilla ver cuáles son los frutos de la empresa de estos obreros, en apariencia humildes. Una multitud, ávida de oírles, corría en masa á ellos: poníase entonces á llorar sus faltas, á olvidar las injurias y á venir, por la fregua en las discordias, á sentimientos de paz.

No se puede creer con qué ardiente simpatía, que era casi la impetuosidad, se llegaba la multitud á Francisco. Por donde iba, un gran concurso de pueblo le seguía, y no era raro que en las poblaciones pequeñas y en las ciudades más populosas los hombres de todas las clases le pedían ser admitidos en su regla. Esto fué lo que obligó al Santo patriarca á establecer la cofradía de la Orden Tercera, destinada á comprender todas las condiciones y edades de ambos sexos, sin que se rompiesen por ello los vínculos de la familia y de la sociedad. El la organizó sabiamente, menos con reglas particulares que con las propias leyes evangélicas, que nunca parecerán duras, á ningún cristiano. Sus reglas, en efecto, son: obedecer á los mandamientos de Dios y de la Iglesia; abstenerse de pasiones y de luchas; no desaprovechar cuanto cede en beneficio del prójimo; no tomar las armas sino para la defensa de la Religión y de la patria; ser moderado en el comer y el vivir; evitar el lujo y

abstenerse de las peligrosas seducciones del baile y del teatro.

Se alcanza fácilmente qué inmensos servicios ha debido prestar una institución tan saludable por sí misma y por su oportunidad en los tiempos. Esta oportunidad está bastante demostrada por el establecimiento de asociaciones del mismo género en la familia dominicana y otras Ordenes religiosas y por los hechos mismos. En las más altas clases y en las más inferiores hubo un apresuramiento general, un ardor generoso, para filiarse á aquella Orden de Hermanos Franciscanos. Entre todos, solicitaron ese honor Luis IX, rey de Francia, é Isabel, reina de Hungría; en los tiempos sucesivos se cuentan varios Papas, Cardenales, Obispos, Reyes y Príncipes que no consideraron como indignas de su jerarquía las insignias franciscanas.

Los asociados en la Orden Tercera mostraron siempre tanta piedad como valor en la defensa de la Religión católica: si estas virtudes les valieron el odio de los malos, ellas les atrajeron, al menos, la estimación de los sabios y los buenos, única cosa que debe buscarse y la más honrosa de todas. Y aun nuestro predecesor Gregorio IX, habiendo alabado públicamente su valor y su fe, no vaciló en cubrirles con su autoridad y en llamarles honoríficamente «soldados de Cristo, nuevos Macabeos». Este elogio era merecido. Porque daba gran fuerza al bien público que esta corporación de hombres que tomaban por guía las virtudes y las reglas de su fundador, se aplicasen tanto como pudieran á hacer revivir en el Estado las honradas costumbres cristianas. Muchas veces, en efecto, su empresa y sus ejemplos han servido para apaciguar y aun extirpar las rivalidades de los partidos, arrancar las armas de manos de los furiosos, hacer desaparecer las causas de litigios y disputas, procurar consuelos á la miseria y el abandono, y reprimir la injuria, muerte de las fortunas é instrumento de corrupción.

Tanto más, cuanto que el carácter de nuestro tiempo requiere por muchos conceptos el carácter mismo de esta institución. Como en el siglo XII, la divina caridad se ha debilitado mucho en nuestros días, y hay, sea por negligencia, sea por ignorancia, gran relajamiento en la práctica de los deberes cristianos. Muchos, llevados por una corriente de los espíritus y por preocupaciones del mismo género, pasan su vida buscando ávidamente el bienestar y el pla-

cer. Enervados por el lujo, disipan su patrimonio y codician el de otro; exaltan la fraternidad, pero hablan de ella mucho más que la practican; les absorbe el egoísmo, y la verdadera caridad para los pequeños y los pobres disminuye diariamente. En aquel tiempo el error múltiple de los albigenses, excitando á las muchedumbres contra el poder de la Iglesia, había turbado el Estado, al propio tiempo que abría camino á un *socialismo* cierto.

Lo mismo hoy, los fautores y propagadores del *naturalismo* se multiplican. Estos niegan que sea preciso estarse sometidos á la Iglesia, y por una consecuencia necesaria, van hasta desconocer el mismo poder civil: aprueban la violencia y la sedición en el pueblo; ponen en duda la propiedad; adulan las concupiscencias de los proletarios; quebrantan los fundamentos del orden civil y doméstico.

En medio de tantos y tan grandes peligros comprendéis ciertamente, Venerables Hermanos, que hay motivo para esperar mucho de las instituciones franciscanas llevadas á su estado primitivo. Si ellas floreciesen, la fe, la piedad, la honestidad de costumbres florecerían también; este apetito desordenado de cosas perecederas sería destruido, y no se cuidaría sino de reprimir las pasiones por la virtud; lo que la mayor parte de los hombres consideran hoy como el yugo más pesado é insoportable.

Unidos los hombres por los lazos de la fraternidad, amarianse entre sí, y tendrían para los pobres y los indigentes que son la imagen de Jesucristo, el respeto conveniente. Por otra parte, los que están penetrados en la Religión cristiana, na, saben con toda certeza que es un deber de conciencia obedecer á las autoridades legítimas.

Es justo decir que la paz doméstica y la tranquilidad pública, la integridad de las costumbres y la benevolencia, el buen uso y la conservación del patrimonio, que son los mejores fundamentos de la civilización y de la estabilidad de los Estados, salen, como de una raíz de la Orden Tercera de los franciscanos, y Europa debe en gran parte á Francisco la conservación de esos bienes.

Sin embargo, más que ninguna otra nación, Italia es deudora á Francisco; ella es la que ha tenido más parte en sus beneficios, como que ha sido primer teatro de sus virtudes. Y, con efecto, en esta época en que la frecuencia de las iniquidades multiplicaba las luchas privadas, tendió siempre la mano al desgraciado ó al vencido; rico en el seno de la

mayor pobreza, no cesó jamás de socorrer la miseria de otro, olvidando la suya. La lengua nacional, apenas reformada, resonó con gracia en sus labios; tradujo los suspiros del amor y de la poesía en cánticos que el pueblo aprendió, y que no han parecido indignos de la posteridad literaria. Bajo la aspiración de Francisco, un hombre superior elevó el genio de nuestros compatriotas, y el arte de los más grandes artistas se dedicó á representar por la pintura y la escultura las acciones de la vida.

Alighieri encontró en Francisco materia á sus cánticos sublimes y suaves á la vez; Cimabúe y Giotto hallaron en él asuntos que inmortalizar con los colores de Parrhasius; ilustres arquitectos tuvieron ocasión de elevar admirables monumentos, tales como la tumba de *este pobre* y la basílica de Santa Maria de los Angeles, testigo de tan numerosos y grandes milagros. A estos santuarios vienen los hombres en tropel para venerar á este padre de los pobres de Asís, que después de haberse despojado de todas las cosas humanas, ha visto afluir á él en abundancia los dones de la divina bondad. Se vé que un raudal de beneficios ha proporcionado este solo hombre para la sociedad cristiana y civil; pero como su espíritu era plena y eminente cristiano, y apropiado á todos los lugares y á todos los tiempos, nadie podría dudar que la institución franciscana no preste grandes servicios en nuestra época.

Nada es tan eficaz como esta disposición del espíritu para extirpar todo género de vicio en su germen: la violencia, la injusticia, el espíritu revolucionario y la envidia entre las diversas clases de la sociedad, cosas todas que constituyen los principios y elementos del *socialismo*. En fin, la cuestión de las relaciones del rico y del pobre, que preocupan tanto á los economistas, sería perfectamente deslindada si á la pobreza no la falta dignidad; que el rico debe ser generoso y lleno de misericordia; el pobre contento con su suerte y satisfecho de su trabajo; pues que ni el uno ni el otro han nacido para el goce de los bienes perecederos, y deben subir al cielo, el uno por la paciencia y el otro por la liberalidad.

Tales son las razones por las cuales Nos hemos deseado de todo corazón, desde hace mucho tiempo, proponeros la imitación de Francisco de Asís. Y porque Nos hemos tenido siempre un interés particular por la Orden Tercera de los franciscanos, hoy que Nos hemos sido llamados por la alti-

sima bondad de Dios á este soberano pontificado, como se ofrece una ocasión oportuna de hacerlo, Nos exhortamos vivamente á los cristianos á que se hagan inscribir en esta santa milicia de Jesucristo. Se encuentra por todas partes un gran número de personas del uno y del otro sexo que marchan generosamente detrás de los pasos del Padre Seráfico.

Nos aplaudimos y aprobamos vivamente su celo, deseando que su número aumente y se multiplique, gracias, sobre todo, á vuestros esfuerzos, Venerables Hermanos. El punto principal de nuestra recomendación es que los que os habeis revestido con las Ordenes de la *Penitencia*, miren la imagen de su santo autor y se acerquen á él, sin lo cual no puede realizarse nada de lo que se desea. Esforzaos, pues, en hacer conocer y estimar en todo su valor la *Orden Tercera*; vigilad en esto todos los que teneis el cargo de las almas, enseñando cuidadosamente lo que ella es, de cuánto es accesible á cada uno, de qué privilegios goza para la salud de los espíritus y cuánta utilidad particular y pública promete. Es menester hacer tanto ó más que los religiosos franciscanos de la otra Orden de fundación primera que sufren en este momento por la indigna persecución que les ha herido.

Quiera Dios que por la protección de su padre salgan pronto de esta fuerte y tenaz tempestad. Quiera Dios que los pueblos cristianos acudan en auxilio de la regla de la Orden Tercera con tanto ardor y en tan gran número como acudieron en otra ocasión al pie del Santo Patriarca. Lo pedimos sobre todo y con más razón todavía á los italianos, que la comunidad de patria y la abundancia particular de beneficios recibidos les obligan á mayor devoción por San Francisco y á mayor reconocimiento también.

Así sucederá que al cabo de siete siglos, Italia y el mundo cristiano entero se vean transportados del desorden á la paz, de la fiesta á la salud, por la influencia bienhechora del Santo de Asís.

Pidamos esta gracia en una plegaria común, y sobre todo en estos días á Francisco mismo; implorémosla de la Virgen María, Madre de Dios, que ha recompensado siempre la piedad y la fe de su servidor con su alta protección y especiales mercedes.

Mientras tanto, como prenda de los celestiales favores, y en testimonio de nuestra especial benevolencia, Nos os da-

mos, afectuosamente en el Señor á vosotros, Venerables Hermanos, y á todo el Clero y pueblo confiado á cada uno de vosotros, la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, el día 17 de Septiembre de 1882, año quinto de Nuestro Pontificado.

LEÓN PAPA XIII.



EPISTOLA ENCYCLICA

De Sancto Francisco Assisiensi,
et de Tertio Franciscalium Ordine propagando.

LEO PP. XIII

VENERABILES FRATRES

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

AUSPICATO CONCESSUM est populo christiano duorum virorum memoriam brevi temporis intervallo recolare, qui ad sempiterna sanctitatis praeemia in caelum evocati, praeclaram alumnorum copiam, tamquam virtutum suarum perpetuo renascentem propugnem, in terris reliquerunt. — Siquidem post saecularia sollemnia ob memoriam Benedicti, monachorum in Occidente patris legiferi, proxima est occasio non desper habere lorum publice honorum Francisco Assisiensi, septimo postquam natus est exeunte saeculo. Quod sane contingere benigno quodam divinae providentiae consilio, non immerito arbitramur. Nam oblato ad celebrandum tantorum patrum natali die, homines admonere Deus velle videtur, ut summa illorum merita recordentur, simulque intelligant, conditos ab iis virorum religiosorum ordines tam indigne violari minime debuisse, in iis praesertim civitatibus, quibus incrementa humanitatis et gloriae labore, ingenio, sedulitate pepererunt. — Ista quidem sollemnia confidimus haud vacua fructu futura populo christiano, qui non sine causa sodales religiosos amicorum loco semper habere consuevit: proptereaque sicut Benedicti nomen magna pietate grateque animo honoravit, ita nunc Francisci memoriam festo cultu et multiplici significatione voluntatis est certum renovaturus. Atque istud pietatis reverentiaeque honestum certamen non regione circumscriptur, in qua vir sanctissimus editus est in lucem, nec finitimis a praesentia eius nobilitatis spatiis: sed late est ad cunctas terrarum oras, quaqueque Francisci aut nomen percerebuit, aut instituta vigent, propagatum.

Hinc animorum in re optima arborum Nos certe sic probamus, ut nemo magis; praesertim quia Franciscum Assisiensem admirari praecipuaeque religione colere ab adolescentia assuevimus; et in familiam Franciscanam adscitos esse gloriamur; et sacra Alverniae iuga ibentes atque alacres, pietatis caussa, non semel ascendimus; quo loco tanti viri imago, ubicumque poneremus vestigium, quiesceret animo, mentemque tacita cogitatione suspensam memor illa solitudo tenebat. — Sed quantumvis sit istud studium laudabile, tamen nequam in isto omnia. Ita enim de honoribus, qui beato Francisco properantur, statuendum, tunc maxime futuros ei, cui deferantur, gratos, si fuerint illis ipsis, qui deferant, fructuosi. In hoc autem positus est fructus solidus minimeque caducus, ut cuius excellentem virtutem homines admirantur, similitudinem eius aliquem adripiant, fierique studeant ipsius imitatione meliores. Quod, opitulante Deo, si studiose effecerint, profecto quaesita erit praesentium malorum opportuna et valde efficax medicina. — Vos itaque volumus, Venerabiles Fratres, per has Litteras alloqui, non modo pietatem erga Franciscum Nostram publice testaturi, verum etiam vestram excitaturi caritatem, ut in hominum salute eo, quo diximus, curanda remedio Nobiscum pariter elaboretis.

Liberator generis humani Iesus Christus fons est perennis atque perpetuus omnium honorum, quae ab infinita Dei benignitate ad nos proficiuntur, ita plane ut qui semel mundum servavit, idem sit in omnes saeculorum aetates servaturus: *Nec enim aliud nomen est sub caelo datum hominibus, in quo oporteat nos saluos fieri* (1). Si quando igitur naturae vitio aut hominum culpa contingat, ut in deteriorem partem delabatur genus humanum, et singulari quamdam ope indigere ad evadendum videretur, omnino recipere se ad Iesum Christum necesse est, atque istud putare maximum certissimumque perfrugium. Divina enim illius virtus tam magna est tantumque pollet, ut omnium in ea vel periculorum depulsio, vel malorum posita sanatio sit. Futura est autem certa sanatio, si modo ad professionem christianae sapientiae, et ad evangelicam vivendi praeccepta genus humanum reducatur. His autem, quae diximus, forte insidentibus malis, simul ac solatii venit divinitus provisa maturitas, fere iubet Deus, continuo virum aliquem in terris existere, non unum de multis, sed summum et singularem, quem restituendae salutis publicae praeficiat muneris. Atqui istud plane usu veniebat sub exitu saeculi duodecimi aliquantoque serius; fuit autem eius maximi operis perfectior Franciscus.

Satis illa nota aetas cum sua in dote virtutum ac vitiorum. Insuper altius in animis vigebat fides catholica, pulchrumque erat, complures pietatis fervore incensos in Palaestinam transmittere, qui vincere aut emori destinavissent. Sed tamen valde populares mores licentia mutaverat: nihil quod erat tam hominibus necessarium, quam ut christianos spiritus revocarent. — Iamvero christianae virtutis caput est

(1) Act. IV, 12.

generosa animi affectio, rerum arduarum ac difficilium patiens: cuius forma quaedam in cruce adumbratur, quam, qui Christum sequi volunt, onusto ferant humero necesse est, illius autem partes affectio- nis sunt, abstinentiam rerum mortalium animum gerere: sibi metacer- ter imperare: casus adversos facile moderataque ferre. Denique caritas in Deum in proximos una omnium est domina et regina virtutum; cuius tanta vis est, ut molestas, quae officium comitantur, omnes abstergeat, laboresque quantumvis magnos non tolerabiles solum efficiat, verum etiam iucundos.

Harum virtutum saeculo duodecimo magna apparebat inopia, cum nimis multi, penitus mancipati rebus humanis, aut apertentia honorum ac divitiarum insanirent, aut per luxum et libidines aetatem agerent. Plurimum valebant pauci; quorum opes fere in oppressio- nem miserae et contemptae multitudinis evaserant: atque huiusmodi vitiorum maculas ne ii quidem effugerant, qui disciplinae ceteris esse ex instituto debissent. Et restricta passim caritate, variae quod- tidianaeque pestes consecutae erant, invidere, aemulari, odisse; dis- tractis adeo infestisque animis, ut ad minimam quamque causam et civitates finitimae sese in vicem praedivocant conficerent, et civis cum civibus ferro inhumane decernerent.

In id saeculum Francisci cecidit aetas. Qui tamen mira constan- tia, simplicitate pari aggressus est dietis et factis genuinam christi- anae perfectionis imaginem senescenti mundo ad spectandum propo- nere. — Responde, quemadmodum Dominicus Gusmanus pater integritatem caelestium doctrinarum per eadem tempora turbatur, pravosque haereticorum errores luce christianae sapientiae depellebat, ita Franciscus, ad grandia ducente Deo, illud impetravit ut ad vir- tutem excitaret christianos homines, et diu multumque devotus ad imi- tationem Christi traduceret. Non certe fortuito factum est, ut ad aures acciderent adolescentis illic ex Evangelio sententiae: *Nolite possidere aurum, neque argentum, neque pecuniam in zonis vestris, non peram in via, neque duas tunicas, neque calceamenta, neque cir- cumferam* (1). *Et, si vis perfectus esse, vende quae habes et da pauperibus..... et veni, sequere me* (2). Quae tamquam sibi nominatim dicta interpretatus, continuo abiecit se rebus omnibus: vestimenta mutavit: paupertatem sibi sociam et comitem constituit in omni vita futuram: et maxima illa virtutum praeccepta, quae cetero erectoque animo amplexus erat Ordinis sui velut fundamenta fore docerunt. Ex eo tempore, inter tantam saeculi mollitiem fastidiumque delicatissimi- mum, ille horrido cultu atque aspero incedere: victum ostentium quaerere: et quae acerbissima puntur, insancae plebis ludibria non tam perferre, quam vorare alacritate mirabili. Videlicet stultitiam Crucis Christi adsumperat et probarat, uti absolutam sapientiam; cumque in eius augusta mysteria intelligendo penetravisset, vidit

(1) Matth. X, 9-10. — (2) Matth. XXI, 21.

indicavitque, nusquam posse gloriam suam melius collocari.—Una cum amore Crucis, pervasit Francisci pectus caritas vehemens, quae impulit hominem, ut propagandum nomen christianum animose susciperet, ob eamque causam obviam sese vel manifesto capitis periculo ultro offerret. Hac ille caritate homines complectebatur universos: multo tamen cariores habuit egenos et sordidos, ita prorsus ut quos ceteri refugere aut superbius fastidire consuevisset, iis possimum ille delectari videretur. Qua ratione egregie de ea germanitate meruit qua restituta perfecta ex toto hominum genere unam velut familiam Christus Dominus conflagavit, in potestate unius omnium parentis Dei constitutam.

Tot igitur virtutum praesidio atque hac praesertim esperitate vitae, studuit vir innocentissimus formam Iesu Christi, quoad poterat, in se ipse transferre. Sed divinae providentiae numen in hoc etiam eluxisse videtur, quod rerum externarum singulares quasdam cum divino Redemptore similitudines assecutus est.—Sic, ad exemplar Iesu, Francisco contigit, ut in lucem susciperetur in stabulo, ac tale stratum haberet puer infans, quale olim ipse Christum, tectam stramentis terram. Quo tempore ut fertur, leves per sublime Angelorum chori, et mulcentes aera concentus similitudinem compleverunt. Item lectos quosdam, uti Christus Apostolos, sibi discipulos adiunxit quos peragrarum terras iuberet, christianae pacis ac sempiternae salutis nuntios. Pauperimus contumeliose illusus, repudiatus a suis, vel in hoc speciem Iesu Christi retulit, quod nec tantulum voluit habere proprium; quo caput reclinaret. Postrema similitudinis nota accessit, cum in Alverni montis vertice, velut in Calvario suo, novo ad illam aetatem exemplo, sacris stigmatibus corpori eius divinitus impressis, propemodum actus est in crucem.—Rem hoc loco commemoramus non minus miraculo nobilem, quam saeculorum praedicatione illustrem. Cum enim esset olim in cruciatum Christi vehementi cogitatione defixus, eorumque vim acerbissimam ad se traduceret, et tantquam sitiens hauriret, delapsus a caelo repente Angelus se ostendit: unde arcana quaedam virtus cum subito emicisset, palmas pedesque quasi transfixos clavibus, itemque velut acuta cuspide vulneratum latus Franciscus sensit. Quo facto, ingentem caritatis ardorem concepit animo: corpore vivam expressamque vulnerum Iesu Christi in reliquum tempus imaginem gessit.

Ista rerum miracula, angelico potius quam humano celebranda praefatio, satis demonstrant quantum ille vir, quamque dignitate sua duxerit, quem aequalibus suis ad mores christianos revocandis Deus destinaret. Profecto ad Damiani aedem exaudita Francisco est maior humana vox, *I, labantem tuere domum meam*. Neque minus admirationis habet oblata divinitus Innocentio III species, cum sibi videre visus est Basilicae Lateranensis inclinata moenia humeris suis Franciscum sustinentem. Quorum vis ratioque portentorum perspicua est: nimirum significabatur, christianae reipublicae non leve per ea tempora praesidium et columnam Franciscum futurum. Revera nihil

cunctatus est quin accingeretur. Duodeni illi, qui se in eis disciplinam primi contulerant, exigui instar seminis extiterunt, quod secundo Dei numine, auspiciisque Pontificis maximi, eo oriter visum est in uberrimam segetem adolescere. Eis igitur ad Christi exempla sancte institutis variae Italiae Europaeque regiones, Evangelii causa, describit: dato certis inter eos negotio, ut in Africam usque traicerant. Nec mora: inopes indocti, rudes, committunt temen populo sese: in trivitiis plateisque, nullo loci apparatu nec pompa verborum, ad contemptum rerum humanarum cogitationemque futuri saeculi homines adhortari incipiunt. Mirum tam ineptis, ut videbantur, operariis quantus respondit operae fructus. Ad eos enim confluere catervatim cupida audiendi multitudo: tum dolenter admissa deflere, oblivisci iniuriarum, compositisque dissidiis ad pacis consilia redire. Incredibile dictu est, quanta inclinatione animorum ac prope impetu ad Franciscum turba raperetur. Assuetabantur maximo concursu, quacumque ille ingrederetur: nec raro ex oppidis, ex urbibus frequentioribus universi promiscue cives homini erant supplices, ut se vellet in disciplinam rite accipere.—Quamobrem causa nata est viro sanctissimo, cur sodalitates *Terti Ordinis* institueret, quae omnem hominum conditionem, omnem aetatem, utrumque sexum reciperet, nec familiae rerumque domesticarum vincula arumperet. Eam quippe prudenter temperavit non tam legibus propriis, quam ipsis legum evangelicarum partibus: quae sane nemini christiano gravioris videantur. Videlicet praecipitis Dei Ecclesiaeque obtemperetur: absint factiones et trixae: nihil detrahatur de aliena re: nisi pro religione patriaque, ne arma sumantur: modestia in victu cultusque servetur: facessat luxus: periculosa chorearum artisque ludicrae lenocinia vitentur.

Facile est intelligere permagnas mansae utilitates ex huiusmodi instituto debuisse cum salutari per se, tum ad eam tempestatem mirabiliter opportuno.—Quam opportunitatem et satis indicant coalitae eiusdem generis ex Dominicana familia aliisque ordinibus sodalitates, et eventus ipse confirmat. Sane illi Franciscalium ordini nomen dare inflammato studio summaque voluntatum propensione ab infirmis ad summos vulgo properabant. Optarunt ante alios hanc laudem Ludovicus IX Galliarum rex, et Elisabetha Hungarorum regum soboles: successere aetatum decursu plures ex Pontificibus maximis, item ex Cardinalibus, ex Episcopis, ex regibus, ex dynastiis: qui omnes insignia Franciscalia non aliena esse a dignitate sua duxerunt.—Sodales tertii ordinis animum suum in tuenda religione catholicae aequae ac fortem probavere: quarum virtutum si magnam ab improbis subierunt invidiam, ea tamen, quae honestissima est atque unico expetenda, sapientium et bonorum approbatione numquam caruerunt. Immo Gregorius ipse IX Decessor Noster fidem ipsorum ac fortitudinem publice gratulatus, minime dubitavit et auctoritate sua defendere, et *milites Christi, Machabaeos alteros*, honoris causa appellare.—Neque carebat veritate laus. Magnum enim salutis pu-

blicae praesidium erat in illo hominum ordine, qui propositis sub auctoris sui virtutibus et legibus, perficiebant, quoad facultas ferret, ut christianae honestatis decora in civitate reviserent. Certe ipsorum opera exemplisque extinctae saepe aut delinitae sunt factionum partes: erepta ab effaratorum dextris arma: litium et iurgiorum causae sublatae: porta inopiae et solitudinis solatia: castigata, fortunarum gurges et corruptelarum instrumentum, luxuria. Quare pax domestica et tranquillitas publica, integritas morum et mansuetudo, rei familiaris rectus usus et tutela, quae sunt optima humanitatis incolumitatisque firmamenta, ex tertio Franciscali ordine, tanquam ex stirpe quadam, gignuntur: eorumque honorum conservationem magna ex parte Francisco debet Europa.

Pius tamen, quam ulla ex gentibus ceteris, Francisco debet Italia quae sicut eis virtutibus princeps theatrum fuit, ita maxime beneficia sensit. — Et sane quo tempore multa multi pro iniuria contunderent, ille afflicto et isocenti constanter porrexit dexteram: in summa egestate dives, nunquam destitit alienum sublevare inopiam, immemor suae. Vaguit suaviter in eius ore patrius sermo recens: vim caritatis simul et poeticae expressit canticis, quae vulgus edisceret. quaque admiratione visa sunt non indigna cruditis posteritatis. Ad Francisci cogitationem, aura quaedam afflatusque humano augustior ingenia nostrorum concitavit, ita quidem ut in eius rebus gestis pingendis, fingendis, caelandsi summae artificum industria certarit. Nactus est in Francisco Alighierius, quod grandiloquo pariter mollissimoque caneret versu: Cimabue et Giotto, quod Parrhasius luminibus ad immortalitatem illustrarent: clari artifices aedificandi, quod magnificis operibus perficerent, vel ad aedem Mariae Angelorum, tot tantorumque miraculorum testem. Ad haec autem tempora homines undique commovere frequentes solent, veneraturi Assisensem patrem pauperum, cui, ut se rebus humanis despoliaverat funditus, ita diviniae bonitatis large copioseque dona affluerunt.

Igitur perspicuum est, in christianam civilemque rempublicam ab uno hoc homine vim beneficiorum influxisse. Sed quoniam ille eius spiritus, omnino excellenterque christianus, mirifice est ad omnia et loca et tempora accomodatus, nemo dubitaverit, quin Franciscalia instituta magnopere sint aetate haec nostra profutura, eo vel magis, quod horum temporum ratio ad illorum rationem pluribus ex causis videtur accedere. — Quemadmodum saeculo duodecimo, ita nunc non parum deferbit divina caritas: nec levis est officiorum christianorum, partim ignorantiae partim negligentiae, perturbatio. Simili animorum cursu similibusque studiis, in occupandis vitae commodis, in consecrandis avido voluptatibus plerique aetatem consumunt. Diffuentes luxuria, sua profundunt, aliena appetunt: fraternalitatis humanae nomen extollentes, plura tamen fraternae dicunt quam faciunt: ferunt enim amore sui, et illa erga tenuiores atque inopes genuina caritas quotidie minuitur. — Per eam aetatem multiplex Albigensium error, concitandis adversus Ecclesiae potestatem turbis,

una simul civitatem perturbabat, et ad quoddam *Socialismi* genus munieret iter, Hodierno similiter *Naturalismi* fautores propagatorumque creverunt, qui subesse Ecclesiae oportere pertinaciter negant, et longius, quo consentaneum est, gradatim procedentes, ne civili quidem potestati parcaut: vim et seditiones in populo probant: agrariam rem tentant: proletariorum cupiditatis blandiuntur: domestici publicique ordinis fundamenta debilitant.

In his igitur tot tantisque incommodis, probe intelligitis, Venerabiles Fratres, spem sublevationis non exiguum collocari in institutis Franciscalibus merito posse, si modo in pristinum statum resituantur. — His enim florentibus, facile floreret et fides et pietas et omnis christiana laus: frangeretur exlex caducarum rerum appetitio, nec pertaederet, quod maximum atque odiosissimum plerisque putatur onus, domitas habere virtute cupiditates. Concordiae vere fraternae vinculis colligati diligenter homines inter se, egenisque et calamitosi, quippe in imagine Christi gerentibus, eam, quam par est, reverentiam adhiberent. — Praeterea qui religione christiana penitus imbuti sunt, sentium iudicio certo, legitime imperantibus conscientia officii obtemperari, nullaque in re violari quemquam oportere: qua animi affectione nihil est efficacius ad extinguendam ranciditatem in hoc genere vitiositatem, vim, iniurias, novarum rerum libidinem, invidiam inter varios civitatis ordines: in quibus omnibus initia simul atque arma *Socialismi* consistunt. — Denique illud etiam, in quo prudentes rerum civilium tanto opere laborant, ad locupletium et egenorum rationibus erit optima constitutum, hoc fixo et persuaso, non vacare dignitate paupertatem: divitem misericordem et munificum, pauperem sui sorte industriae contentum esse oportere: cumque neuter sit ad haec commutabilia bona natus, alteri patientiae, alteri liberalitate in caelum esse veniendum.

Haec de causis Nobis est diu et magnopere in votis, ut quantum quisque potest in imitationem Francisci Assisensis se intendant. — Idcirco sicut semper antea tertio Franciscalium ordini singularem curam adhibuimus, ita nunc summa Dei benignitate ad gerendum Pontificatum maximum vocati, cum incidit ut id peropportune fieri possit, christianos homines hortamur, ut nomen dare sanctae huic Iesu Christi militiae ne recusent. Plurimi numerantur passim ex utroque sexu, qui Patris Seraphici vestigiis alacri animo iam ingreditur. Quorum laudamus tale studium vehementerque probamus, ita tamen ut illud augeri et ad plures propagari, Vobis praesertim adnitentibus, Venerabiles Fratres, velimus. — Et caput est commendationis Nostrae, ut qui insignia *Poenitentiae* induerint, imaginem spectant sanctissimi auctoris sui, ad eamque contentant: sine qua, quot inde expectaretur boni, nihil esset. Itaque date operam, ut *Tertium Ordinem* vulgo noscant atque ex veritate aestiment: provideate, ut qui curam gerunt animarum, doceant sedulo qualis ille sit, quam facile unicuique potest, quam magnis in animorum salutem privilegiis abundet, quantum utilitatis privatim et publice pollicea-

tur. In quo eo magis est elaborandum, quod sodales Franciscæ ordinis primi et alterius gravi in præsens percussæ plagæ indignè laborant. Hi quidem utinam, parentis sui patrocinio defensi, celeriter ex tot fluctibus vegeti et florentes emergant! Utinam etiam christiænæ gentes ad disciplinam tertii ordinis confluant, ita sacres itaque frequentes, uti olim undique ad Franciscum ipsum sese certatim effundebant!—Hoc autem maiore contentione poscimus et potiore iure ab Italia speramus, quos unius patriæ necessitudo et uberior acceptorum beneficiorum copia propensiore iubet esse in Franciscum animo et maiores eidem gratias habere. Ita senè septem post sæculis Italicae genti et orni christiano orbi contingeret, ut se a perturbatione revocatum ad tranquillitatem, ab exitio ad salutem, hominis Assisiensis beneficio sentiret. Id quidem communi prece, per hos dies maxime, ab ipso Francisco flagitemus: idem contendamus a Maria Virgine matris Dei, quæ famuli sui pietatem ac fidem caelestis tutela donisque singulis perpetuo remuneravit.

Interea caelestium munerum suspicem, et præcipuæ Nostræ benevolentiae testem, Apostolicam benedictionem Vobis, Venerabiles Fratres, universoque Clero et populo, singulis concedito, peramanter in Domino impertimus.

Datum Romæ apud S. Petrum die XVII Septembris anno MDCCCLXXXII, Pontificatus Nostri anno quinto.

LEO PP. XIII.



EPÍSTOLA ENCÍCLICA

Alabando la piedad de los católicos españoles y recomendando la más íntima unión con el Episcopado.

LEON P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

ENTRÉ las muchas prendas en que se aventaja la generosa y noble nación española, merece cierto el mayor elogio el que, después de varias vicisitudes de cosas y de personas, aun conserva aquélla su primitiva y casi hereditaria firmeza en la fe católica, con que ha estado siempre enlazado el bienestar y grandeza del linaje español. Esta firmeza la hacen patente muchos argumentos, y mayormente la insigne piedad para con esta Sede Apostólica, que con toda clase de demostraciones, con escritos, con larguezas y con piadosas romerías, repetidas veces en modo muy esclarecido manifiestan los españoles. Ni se olvidará tampoco el recuerdo de tiempos recientes, en que toda Europa fué testigo del ánimo no menos esforzado que piadoso, de que dieron prueba en días aciagos y calamitosos para la Silla Apostólica. En todo esto, además de un beneficio singular de Dios, reconocemos, oh Amados Hijos y Venerables Hermanos, los frutos de vuestros desvelos, y también la loable resolución del mismo pueblo, que en tiempos tan contrarios al nombre católico con ahínco se mantiene unido á la religión de sus padres, ni vacila en oponer una constancia igual á la grandeza de los peligros. En verdad no hay cosa que no se pueda esperar de España, si tales consentimientos de los ánimos fueren fomentados por la

caridad, y fortalecidos por una constante concordia de las voluntades. Mas en este punto, por qué no hemos de disimular lo que hay, cuando pensamos en el modo de obrar, que algunos católicos de España creen que deben tener, se ofrece á nuestro ánimo una pena semejante á la ansiosa solicitud que pasó el Apóstol San Pablo por causa de los Corintios. Segura y tranquila había permanecido ahí la concordia de los católicos no sólo entre sí, sino mayormente con los Obispos; y por esto con razón Nuestro Predecesor Gregorio XVI, alabó á la nación española, porque perseveraba en su *inmensa mayoría en su antiguo respeto á los Obispos y pastores inferiores canónicamente establecidos* (1). Pero ahora, habiéndose puesto de por medio las pasiones de partido, se descubren huellas de desuniones, que dividen los ánimos como en diferentes bandos y perturban no poco aun las mismas asociaciones fundadas por motivo de religión. Sucede á menudo que los que investigan cuál es el modo más conveniente para defender la causa católica, no hacen de la autoridad de los Obispos tanto caso como fuera justo. Aun más, á veces si el Obispo ha aconsejado algo, y aun mandado según su autoridad, no faltan quienes lo lleven á mal ó abiertamente lo reprendan, interpretándolo como si hubiese querido dar gusto á unos, haciendo agravio á otros. — Bien claro está, pues, cuánto importa conservar incólume la unión de los corazones: tanto más que en medio de la desenfrenada libertad de pensar y de la fiera é insidiosa guerra, que en todas partes se mueve contra la Iglesia, es de todo punto necesario que los cristianos todos resistan, juntando en uno sus fuerzas con perfecta armonía de voluntades, para que hallándose divididos, no vengán á sucumbir por la astucia y violencia de sus enemigos. Por lo tanto conmovidos por la consideración de semejantes daños, Os dirigimos estas letras, oh Amados Hijos Nuestros y Venerables Hermanos, y encarecidamente Os suplicamos que haciéndoos intérpretes de Nuestros saludables avisos, empleéis vuestra prudencia y autoridad en afianzar la concordia.

Ante todo es oportuno recordar las mutuas relaciones entre lo religioso y lo civil, pues muchos se engañan en esto por dos clases de errores opuestos. Porque suelen algunos no sólo distinguir, sino aun apartar y separar por completo la política de la religión, queriendo que nada tenga que ver

(1) *Alloc. A. Provas, Kal. Mart. 1841.*

la una con la otra, y juzgando que no deben ejercer entre sí ningún influjo. Estos ciertamente no distan mucho de los que que quieren que una nación sea constituida y gobernada, sin tener cuenta con Dios, Criador y Señor de todas las cosas: y tanto más perniciosamente y erran, cuanto que privan desalentadamente á la república de una fuente caudalósima de bienes y utilidades. Porque si se quita la religión, es fuerza que flaquee la firmeza de aquellos principios que son el principal sostén del bienestar público y reciben grandísimo vigor de la religión: tales son en primer lugar el mandar con justicia y moderación, el obedecer por deber de conciencia, el tener domadas las pasiones con la virtud, el dar á cada uno lo suyo y no tocar lo ajeno.

Empero como se ha de evitar tan impío error, así también se ha de huir la equivocada opinión de los que mezclan y como identifican la religión con algún partido político, hasta el punto de tener poco menos que por separados del catolicismo á los que pertenecen á otro partido. Esto en verdad es meter malamente los bandos en el augusto campo de la religión, querer romper la concordia fraterna y abrir la puerta á una funesta multitud de inconvenientes.—Por tanto lo religioso y lo civil, como se diferencian por su género y naturaleza, así también es justo que se distinguan en nuestro juicio y estimación. Porque las casas civiles, por más honestas ó importantes que sean, miradas en sí, no traspasan los límites de esta vida que vivimos en la tierra. Mas por el contrario, la religión que nació de Dios y todo lo refiere á Dios, se levanta más arriba y llega hasta el cielo. Pues esto es lo que ella quiere, esto lo que pretende, empapar el alma, que es la parte más preciada del hombre, en el conocimiento y amor de Dios, y conducir seguramente al género humano á la ciudad futura, en busca de la cual vamos caminando. Por lo cual, es justo que se mire como de un orden más elevado la religión y cuanto de un modo especial se liga con ella. De donde se sigue que ella, siendo como es, el mayor de los bienes, debe quedar salva en medio de las mudanzas de las cosas humanas y de los mismos trastornos de las naciones, ya que abraza todos los espacios de tiempos y lugares. Y los partidarios de bandos contrarios, por más que disientan en lo demás, en esto conviene que estén de acuerdo, en que es preciso salvar los intereses católicos en la nación. Y á esta empresa noble y necesaria, como unidos en santa alianza, deben con empeño apli-

carse todos cuantos se precian del nombre de católicos, haciendo callar por un momento los pareceres diversos en punto á política, los cuales por otra parte se pueden sostener en su lugar honesta y legítimamente. Por que la Iglesia no condena las parcialidades de este género, con tal que no estén reñidas con la religión y la justicia; sino que, lejos de todo ruido de contiendas, sigue trabajando para utilidad común y amando con afecto, de madre á los hombres todos, si bien con más especialidad á aquellos que más se distinguieren por su fe y su piedad.

El fundamento de esta concordia es en la sociedad cristiana el mismo que en toda república bien establecida: á saber, la obediencia á la potestad legítima, que ora mandando, ora prohibiendo, ora rigiendo, hace unánimes y concordes los ánimos diferentes de los hombres. En lo cual no hacemos más que recordar cosas sabidas y averiguadas de todos: aunque son ellas tales, que no sólo es menester tenerlas presentes en el pensamiento, sino guardarlas con la conducta y práctica de todos los días, como norma del deber. Es decir, que así como el Romano Pontífice es maestro y príncipe de la Iglesia universal, así también los Obispos son rectores y cabezas de las Iglesias que cada cual legítimamente recibió el cargo de gobernar. A ellos pertenece en su respectiva jurisdicción el presidir, mandar, corregir y en general disponer de todo lo que se refiera á los intereses cristianos. Ya que son participantes de la sagrada potestad que Cristo Nuestro Señor recibió del Padre y dejó á su Iglesia: y por esta razón Nuestro Predecesor Gregorio IX, dice: «No nos cabe duda que los Obispos llamados á la parte de nuestra solicitud hacen las veces de Dios (1). Y esta potestad ha sido dada á los Obispos para grandísimo provecho de aquellos con quienes la usan: puesto que por su naturaleza tiende á la edificación del cuerpo de Cristo, y hace que cada Obispo sea como un lazo que una con la comunión de la fe y de la caridad á los cristianos á quienes preside, entre sí y con el supremo Pontífice, como miembros con su cabeza. A este propósito es de gran peso aquella sentencia de San Cipriano: «Estos son la Iglesia, la plebe unida con el sacerdote, y la grey arrimada á su Pastor» (2): y esta otra de mayor peso: «Debes saber que el Obispo está en la Iglesia y la Iglesia en el Obispo, y si alguien no está con el Obispo no está en la

(1) Epist. 198, lib. 13.—(2) Epist. 69, ad Papianum.

Iglesia (1).» Tal es la constitución de la república cristiana, y esta inmutable y perpetua, y si así no se conserva religiosamente, forzoso es que se siga sumo trastorno de derechos y deberes, viniendo á romperse la trabazón de los miembros convenientemente unidos en el cuerpo de la Iglesia, «el cual fornido y organizado por sus ligaduras y coyunturas crece en aumento de Dios» (2). Por donde se ve que es necesario tener á los Obispos el respeto que pide la excelencia de su cargo, y obedecerles enteramente en las cosas que tocan á su jurisdicción.

Ahora bien, teniendo presentes las parcialidades que en estos tiempos agitan los ánimos de muchos, no sólo exhortamos, sino aun rogamos á todos los españoles que se acuerden de este deber de tanta monta. Y señaladamente procuren con todo ahinco observar la modestia y la obediencia los miembros del Clero, cuyas palabras y hechos ciertamente tienen muchísima fuerza para ejemplo de los demás. Sepan que los trabajos, que emprenden en el desempeño de sus cargos, entonces serán sobre todo provechosos para sí y saludables para sus prójimos, cuando se ajustaren á las órdenes é insinuaciones de aquel que tiene en sus manos las riendas de la Diócesis. Cierto que no corresponde á su deber el que los sacerdotes se entreguen completamente á las pasiones de partidos, de manera que pueda parecer que más cuidado ponen en las cosas humanas que en las divinas. Entiendan, pues, que deben guardarse de salir de los límites de la gravedad y moderación. Con esta precaución, seguros estamos que el Clero español, que con su virtud, con su doctrina y con sus trabajos ha prestado tantos servicios en beneficio de las almas y para bien de la sociedad, los irá cada día prestando mayores.

Para ayuda de su obra juzgamos no poco á propósito aquellas asociaciones, que son como cohortes auxiliares para el acrecentamiento de la religión católica. Así que alabamos el establecimiento é industrias de las mismas, y grandemente deseamos que creciendo en número y celo lleven cada día frutos más copiosos. Mas como estas se proponen la defensa y dilatación de la causa católica, y la causa católica la dirige el Obispo en cada Diócesis, siguese naturalmente que deben estar sometidas á los Obispos y hacer grandísima estima de su autoridad y protección. Ni han de traba-

(1) Ibid.—(2) Coloss. 11, 19.

jar menos las mismas por conservar la unión de los corazones: primero porque es propio de toda sociedad que su fuerza y eficacia provenga de la mancomunidad de las voluntades: y en segundo lugar porque es muy conveniente que en esta clase de asociaciones respandezca la caridad, que debe ser compañera de todas las obras buenas, y como señal y divisa que distinga á los discípulos de la escuela de los Cristo. Por tanto, como fácilmente puede acontecer que los socios tengan diversos pareceres en puntos políticos, por lo mismo, á fin de que no venga á alterarse la unión de los ánimos por las opuestas parcialidades, conviene tener presente cuál es el fin que se proponen las asociaciones que se llaman católicas, y al tomar los acuerdos tener los ojos tan fijos en aquel blanco, como si no pertenecieran á ningún partido, acordándose de las divinas palabras del Apóstol San Pablo: «*Los que habeis sido bautizados en Cristo, estais revestidos de Cristo. No hay judío ni griego, no hay siervo ni libre.... pues todos vosotros sois una sola cosa en Cristo*» (1). De este modo se conseguirá la ventaja de que no solamente cada socio en particular, sino también las diversas asociaciones de este género estén amigable y benévola mente conformes: lo que se ha de procurar con toda diligencia. Ya que dejadas aparte, como hemos dicho, las parcialidades, habrán desaparecido las ocasiones principales de rivalidades enemigas: de donde seguirá que haya una causa, y esta la mayor y más noble, que atraiga á todos, en la cual no puede haber disensiones entre católicos dignos de este nombre.

Finalmente, mucho importa que se acomoden á esta misma instrucción los que por escrito, especialmente en diarios, combaten por la incolumidad de la religión.—Bien conocido tenemos cuál es su objeto, y con qué voluntad trabajan para alcanzarlo: ni podemos menos de tributarles justas alabanzas como á beneméritos del nombre católico. Pero la causa que han abrazado, es tan excelente y tan elevada, que requiere muchas cosas, en que no es razón que falten los defensores de la justicia y la verdad: porque mientras ponen cuidado en una parte de su deber, no han de abandonar las demás. El aviso, pues, que hemos dado á las asociaciones, el mismo repetimos á los escritores, que alejadas las discordias con la blandura y mansedumbre,

(1) Galat. III, 27, 28

mantengan entre si mismos y en la muchedumbre la unión de los corazones: porque para lo uno y para lo otro puede mucho la obra de los escritores. Y como quiera que nada hay más contrario á la concordia que el desabrimiento en el hablar, la temeridad en sospechar y la malicia en acriminar, es preciso evitar todo esto con suma precaución. Las disputas en defensa de los sagrados derechos de la Iglesia no se hagan con altercados, sino con moderación y templanza, de suerte que dé al escritor la victoria en la contienda más bien el peso de las razones, que la violencia y aspereza del estilo.

Estas reglas de obrar creemos que servirán muchísimo para apartar las causas que impiden la perfecta concordia de los ánimos. A Vosotros toca, Amados Hijos Nuestros y Venerables Hermanos, explicar Nuestra mente, y poner el empeño posible en que todos conformen cada día su conducta con lo que llevamos dicho. Lo cual ciertamente confiamos que de buen grado harán los españoles, tanto por su probado afecto á esta Sede Apostólica, como por los bienes que se han de esperar de la concordia. Traigan á la memoria los ejemplos de su patria: consideren que si sus mayores hicieron dentro y fuera de España muchas proezas de valor y muchas obras ilustres, no las pudieron hacer desvirtuando sus fuerzas con las disensiones, sino juntándose todos como en una sola alma y un solo corazón. Porque animados de la caridad fraterna y sintiendo todos lo mismo, es como triunfaron de la prepotente dominación de los moros, de la herejía y del cisma. Con que sigan las pisadas de aquéllos, cuya fe y gloria han heredado, é imitándolos hagan ver que aquéllos dejaron herederos no sólo de su nombre sino también de sus virtudes.

Por lo demás, Amados Hijos Nuestros y Venerables Hermanos, pensamos que os conviene para la unión de los ánimos y uniformidad de disciplina, que los que vivís en la misma provincia, de cuándo en cuándo confirais unos con otros y con vuestro Metropolitano para tratar á una de las cosas que tocan á todos: y que cuando el asunto lo pidiere, acudais á esta Silla Apostólica, de donde procede la integridad de la fe, el vigor de la disciplina y la luz de la verdad. Para lo cual ofrecerán coyuntura muy propicia las romerías que suelen emprenderse de España. Pues para componer las discordias y dirimir las controversias nada hay más á propósito que la voz de Aquel, á quien Cristo

Nuestro Señor, príncipe de la paz, puso por Vicario de su potestad: así como también la abundancia de carismas y gracias celestiales, que manan copiosamente de los sepulcros de los Santos Apóstoles.

Empero, puesto que *toda nuestra suficiencia viene de Dios*, rogad mucho á Dios juntamente con Nos, para que dé á Nuestros avisos virtud y eficacia, y disponga los ánimos de los pueblos á obedecer. Preste favor á nuestros trabajos la Inmaculada Virgen María, augusta Madre de Dios, Patrona de las Españas; asista nos Santiago Apóstol, asistanos Santa Teresa de Jesús, Virgen legisladora y gran lumbrera de las Españas, en quien el amor de la concordia y de su patria y la obediencia cristiana, como en perfecto ejemplar, maravillosamente brillaron.

Entre tanto como prenda de los dones celestiales y testimonio de Nuestra paternal benevolencia, á todos vosotros, Amados Hijos Nuestros y Venerables Hermanos, y á toda la nación Española con muchísimo afecto en el Señor damos la Apostólica bendición.

Dado en Roma, en San Pedro á los 8 días de Diciembre de 1882. De Nuestro Pontificado año quinto.

LEON XIII, PAPA.



EPISTOLA ENCYCLICA

De animorum concordia inter hispanos procuranda.

LEO PP. XIII

VENERABILES FRATRES

SALUTEM ET APOSTOLICAM BENEDICTIONEM

Cum multa sint, in quibus excellit generosa ac nobilis Hispanorum natio, tum illud est in prima commendatione ponendum, quod, post varios rerum et hominum interitus, pristinum illud ac prope hereditarium retineat fidei catholicae studium, quocum semper visa est Hispani generis salus et magnitudo conjuncta.— Quod quidem studium plura argumenta declarant: praecipue vero eximia in hanc Sedem Apostolicam pietas, quam omni significationum genere, litteris, liberalitate, susceptis religionis causa peregrinationibus, Hispani homines saepe et praeclare testantur. Neque interitura est paulo superioris temporis memoria, quo tempore ipsorum animum fortem aequae ac pium Europa spectavit, cum Sedem Apostolicam adversorum eventuum calamitas attingisset.— In his rebus omnibus, praeter singulare quoddam Dei beneficium, agnoscerimus, Venerabiles Fratres, vigilantiae vestrae fructum: itemque laudabile ipsius populi propositum, qui per haec tam infensa catholico nomini tempora religioni avitae studioso adhaerescit, neque dubitat magnitudinem periculorum parem constantiae magnitudinem opponere. Profecto nihil est, quin de Hispania sperseri iure queat, si modo talem animorum affectionem caritas aluerit, et stabilis voluntatum concordia roboraverit.— Verum quod ad hanc partem, non enim dissimulabimus id quod est, cum cogitamus agendi rationem, quam aliquot ex Hispania catholici homines in eundam putant, dolor quidam obicitur animo cum nonnulla similitudine anxiae sollicitudinis, quam Paulus Apostolus olim, Corinthiorum causa, susceperat. Tuta et tranquilla catholicorum cum inter se tum maxime cum Episcopis suis istae concordia permanserat: eoque nomine Gregorius XVI Decessor Noster iure laudavit Hispanam gentem, quod eius